

## ***Domingo XI del Tiempo Ordinario***

### **Homilías**



#### **1.- PERDÓN Y AMOR**

*Por José María Martín OSA*

#### **2.- NO JUZGAR CON LIGEREZA A LOS DEMÁS**

*Por Antonio García-Moreno*

#### **3.- REFLEXIONAR SOBRE NOSOTROS MISMOS**

*Por Pedro Juan Díaz*

#### **4.- EL AMOR Y EL PERDÓN**

*Por Gabriel González del Estal*

#### **5.- UNA FE QUE NO JUZGA A NADIE**

*Por José María Maruri, SJ*

## **6.- PODEMOS CAMBIAR DE VIDA**

*Por Javier Leoz*

## **7.- EL AMOR QUE PERDONA LOS PECADOS**

*Por Ángel Gómez Escorial*

---

## **LA HOMILÍA MÁS JOVEN**

### **TERNURA Y SEVERIDAD**

*Por Pedro José Ynaraja*

---

## **SOLEMNIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS**

**Viernes 11 de junio de 2010**

### **¡SU CORAZÓN NOS HABLA!**

*Por Javier Leoz*

---

## **1.- PERDÓN Y AMOR**

**Por José María Martín OSA**

1.- **Reconocer nuestro pecado.** David ha cometido pecado: cometió adulterio con Betsabé, e hizo matar con astucia al esposo de Betsabé. Sin embargo, Dios perdonó a David porque reconoce su pecado. Hoy en el Salmo 31 respondemos, como David: “Perdona, Señor, mi culpa y mi pecado”. En el Salmo 51 tenemos la oración de David, después que fue reprendido por el profeta: “Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos... He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, Y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría. Crea en

mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me eches de delante de ti, y no quites de mí tu Santo Espíritu." David se dirige a Dios primero. Él está muy consciente de que la primera persona ofendida por su pecado es Dios mismo. "Contra ti, contra ti solo he pecado..." Todo lo demás es secundario. Después vemos cuál es el anhelo más profundo en el corazón de David. No es la honra ante el pueblo; ni es escapar del castigo de Dios. Su anhelo más profundo es "un corazón limpio y un espíritu recto". Este es el anhelo de una persona verdaderamente arrepentida. No importa lo que diga la gente - de hecho, la gente malinterpretó el comportamiento de David después de su arrepentimiento, y él quedó muy mal ante ellos. Pero David sabía que Dios "ama la verdad en lo íntimo", donde nadie mira. Esto era lo que le importaba más que cualquier otra cosa. Alguien ha dicho una vez: "Tu integridad se demuestra en lo que haces cuando nadie te mira." Esta es la integridad que demostró David, y por eso Dios le perdonó. Aunque David también tuvo que sufrir, Dios no le quitó el reino ni la vida como lo había hecho con Saúl, quien pide perdón a Samuel, pero no a Dios, que quiere el arrepentimiento verdadero. ¿De qué clase es tu arrepentimiento? ¿De la clase de Saúl o de la clase de David? ¿Es un arrepentimiento ante los hombres, o un verdadero arrepentimiento ante Dios quien mira "en lo secreto"?

## **2.- El hombre no se justifica por cumplir la ley, sino por creer en Jesucristo.**

San Agustín, comentando este texto (Serm. 105 A, 2) nos dice: «Aprende a orar como enemigo de ti mismo; mueran las enemistades. Tu enemigo es un hombre. Hay dos nombres: hombre y enemigo. Viva el hombre y muera el enemigo. ¿No te acuerdas cómo Cristo el Señor, con la sola voz desde el cielo, hirió, tiró por tierra y dio muerte a su enemigo Saulo, acérrimo perseguidor de sus miembros? No hay duda de que le dio muerte, pues murió en su ser perseguidor y se levantó convertido en predicador. Murió; si no me crees a mí, pregúntaselo a él. Escúchale y léele. Oye su voz en la carta a los Gálatas: Vivo, pero ya no soy yo quien vive

(Ga 2, 20). Vivo, dice, pero ya no soy yo. Luego él murió. ¿Y cómo hablaba? Vive en mí Cristo (ib.). En la medida de tus fuerzas, ruega, pues, que muera tu enemigo, pero considera en qué forma. Si muriese sin que su alma abandone el cuerpo, tan sólo perdiste un enemigo y a la vez conseguiste un amigo». De poco sirve conocer el camino (la ley), si nos falta el motor (gracia), que nos ayuda a caminar

**3.- El cumplidor no entiende nada sobre el amor verdadero.** El fariseo, de nombre Simón, invita a Jesús a comer a su casa, pero no tiene una “abundante hospitalidad”. Lo recibe fríamente: no unge su cabeza con aceite perfumado, excelente signo de cortesía que hacía al invitado oler bien. No es que Simón haya sido descortés, fue “tacaño” en su cortesía. La parábola de Jesús, apropiada para la enseñanza que quiere impartir, se encuentra con el poco convencido “pienso que aquel a quien perdonó más”, que utiliza como respuesta el fariseo Simón. La reflexión de Jesús acerca del perdón impresiona. El fariseo que busca, con su cumplimiento exagerado de la Ley, que Dios esté “conforme” con él, ama poco, se detiene donde cesa la obligación de acoger hospitalariamente, le interesa “cumplir”, nada más. Los demás, para el fariseo, son ocasiones de sumar puntos en el cielo, con Dios. Dios no le perdona nada, ya que no tiene nada malo en su haber, pues el “cumple” a la perfección su tarea. Es la gran diferencia entre una madre que cuida a sus hijos y una empleada; entre la madre que cocina y sirve, y en el cocinero contratado. El servicio será, tal vez, idéntico o mejor, pero sin involucrarse emocionalmente, sin amar a quienes se sirven. Para la madre, es parte de su vida, y muy importante. Para los demás es el modo de ganarse la vida, clientes...

**4.- La mujer pecadora tiene mucho amor.** La mujer pecadora, al revés que el anfitrión, se muestra cordial, cercana, exquisita en los detalles del amor para con Jesús. Ella nos enseña la manera en que proceden los que aman, los que se

sienten cercanos a Jesús, los que de verdad experimentan que Dios y el prójimo son el centro de su vida. Jesús derrama perdón y amor, Jesús perdona y salva, Jesús restablece en el círculo íntimo del amor divino a esta mujer pecadora. El perdón y la salvación no le vienen de sus grandes obras, de sus cumplimientos milimétricos de la Ley, le llegan gracias al “amor” que demuestra ante quien la ha rescatado con sus palabras y signos, del pozo del pecado (sea este cual fuera) en el que estaba hundida. La enseñanza desarrolla una advertencia y una invitación. La advertencia: ¡cuidado si te contentas con cumplir! Cumples “tus” expectativas, no las de Dios. Haces “tu” tarea, no el proyecto de Dios. El “cumplidor” satisface su conciencia, no la realidad en la que vive. Por eso corre el riesgo, exagerado riesgo, de ponerse en lugar de Dios y rendir culto a sus propios proyectos. Hay una invitación: examinemos nuestra vida para animarnos a pedir perdón con más frecuencia. El sacramento de la Reconciliación es un excelente medio para hacerlo con Dios y con los hermanos. Busquemos, con las actitudes exquisitas de la “mujer pecadores”, la reconciliación por medio de gestos cordiales de amor. No te examines desde el cumplimiento, eso te llevará a la autosuficiencia, examínate desde el amor, él te llevará al verdadero servicio, el cual harás con cordialidad y afecto. ¿Soy de los que “cumplen” y nada más, como Simón el fariseo? ¿Por qué? ¿Tengo actitudes “delicadas” y “generosas” con mis semejantes, mostrando que amo mucho? ¿En qué me parezco a la “mujer pecadora”?

Me vienen a la mente estas palabras al recordar hoy a la mujer pecadora: *“Cuando nacemos, el Señor nos tiene unidos a El como con una cuerda. Al pecar, la cercenamos. Al volver a Dios con el corazón contrito, El restaura la cuerda: Hace un nudo con los extremos cortados. La Misericordia de Dios sobreabunda a nuestro pecado... La cuerda se va haciendo más corta y resistente a medida que retornamos a El después de pecar. Y nos va acercando a su corazón, como en el abrazo del Padre al Hijo Pródigo”.*

---

## **2.- NO JUZGAR CON LIGEREZA A LOS DEMÁS**

**Por Antonio García-Moreno**

1.- **HE PECADO.**- David era el más joven de sus hermanos, tan joven que cuando llegó Samuel a elegir rey de entre los hijos de Isaí, éste le presenta a todos menos a David, entonces simple pastor de ovejas. Demasiado niño para pensar en él como rey. Pero Yahvé se había fijado en él, le había elegido para la dignidad suprema del pueblo hebreo. David quedó, después de la unción, transido por la fuerza del Espíritu. Su brazo es fuerte y su puntería certera cuando se enfrenta con el temible filisteo. Después de su victoria sobre el gigante Goliat, vendrían otras muchas victorias, pues Dios estaba con él, luchaba a su lado sin que hubiera enemigo que se le resistiera. Pero luego David se olvidó de Dios. Lo mismo que nosotros hemos hecho tantas veces. Nos olvidamos fácilmente de la misericordia de Dios para con nosotros y le ofendemos. Reflexionemos en esta verdad y reaccionemos llenos de compunción y de deseos de expiar nuestro pecado.

David, a pesar de todo, era noble y generoso, sensible y fácil al arrepentimiento. Sus buenos sentimientos se pusieron muchas veces de manifiesto. Sobre todo al perdonar a su mortal enemigo que, con tanta saña como injusticia, trataba de matarlo. Sin embargo, David se ve de pronto envuelto por la maraña de una baja pasión. Se enamoró de Betsabé, la mujer de Urías. Y llevado de esa pasión, salta por encima de lo más sagrado, con tal de lograr su propósito: avasalla, mata, traiciona.

Somos capaces de todo. Basta un descuido, una mirada indebida, una simple negligencia para que el corazón se nos descontrole, se nos pudra. No podemos descuidarnos, no podemos bajar la guardia, ni dejar de luchar contra nuestras

malas inclinaciones, esos deseos bastardos que sólo morirán con nosotros mismos.

Y si llega el pecado, si caemos víctima de nuestra condición de barro, que sepamos confesarlo en el Sacramento de la Reconciliación, decir aquello que en medio de un profundo pesar dijo el rey David: He pecado contra Dios... El Señor le perdona su pecado y así se lo hace saber por medio del profeta Natán. Es suficiente reconocer la propia falta, y confesarla con humildad, para que el perdón de Dios no se haga esperar.

**2.- EL FARISEO Y LA PECADORA.-** Hoy encontramos a Jesús en casa de un fariseo. Él sabía que la invitación para que comiera en su casa, no era más que una ocasión para observarle de cerca, para ver si podía cogerlo en falta. Sin embargo, el Señor acepta la invitación como manifestación de su buena voluntad hacia todos, también hacia quienes le miraban con malos ojos. Se dio cuenta enseguida de la falta de corrección de aquel hombre principal que, aunque debía saber las normas de la hospitalidad judía, prescinde de aquellos detalles de cortesía que suponían cordialidad y benevolencia hacia el visitante. Pero Jesús no dijo nada entonces y disimulando se sentó a la mesa de Simón el fariseo.

Mientras estaban recostados según la costumbre del tiempo, una mujer se acercó a los pies de Jesús para besarlos, mientras lloraba copiosamente. Simón se da cuenta de que aquella mujer era una pecadora, una mujer de la calle, despreciada por todos, evitada en público y requerida quizá en privado, objeto de escándalo y motivo de vergüenza. Pero el Señor la deja que siga llorando, mientras le enjuga los pies con sus cabellos y se los unge con un costoso perfume. Simón se escandaliza de lo que estaba ocurriendo, se persuade de que Jesús no puede ser un profeta, y mucho menos el Mesías, pues no sabía qué clase de mujer era aquella que le besaba entre lágrimas y suspiros.

Es la misma actitud que muchas veces adoptamos también nosotros al juzgar con ligereza a los demás, al despreciar a quienes consideramos pecadores. Sin darnos cuenta de que a los ojos de Dios, esas personas que consideramos

despreciables, son quizás más agradables ante el Señor y con un corazón más encendido y limpio de soberbia y de orgullo que el nuestro. Desde luego en el pasaje que comentamos, Simón aparece ante la mirada de Jesucristo como un hombre que no le ha sabido comprender, que le ha tratado con indiferencia, que le ha mirado con prevención. Por el contrario, la mala mujer aparece acongojada y arrepentida, llena de amor y de fe por Cristo.

Entonces el Señor habló y manifestó al fariseo que la pecadora se había portado él mejor que él. En efecto, le había invitado a su casa y no le había ofrecido agua para lavarse los pies, ni le había dado el beso de paz. El fariseo consideraba que nada tenía de qué ser perdonado, lo mismo que esos que demoran la confesión o la consideran innecesaria, sin darse cuenta de su condición de pecadores. En cambio, la pecadora, se llena de desconsuelo al reconocerse como tal, y no duda ni por un momento en postrarse a los pies de Jesús e implorar su perdón.

---

### **3.- REFLEXIONAR SOBRE NOSOTROS MISMOS**

**Por Pedro Juan Díaz**

1.- Hoy la Palabra de Dios nos invita a reflexionar sobre nosotros mismos. Esto no es una novedad, porque siempre lo hace. Pero hoy se ve reflejado de manera especial en los diálogos, tanto de la primera lectura como del Evangelio. El profeta Natán lo hace con el rey David en la primera lectura y Jesús lo hace con el fariseo, que le ha invitado a comer a su casa, en el Evangelio.

La primera lectura se nos queda un poco corta. Comienza en el versículo 7, saltándose el nudo de la trama y llevándonos directamente al desenlace. Todos sabemos que el pecado del rey David fue que se “encaprichó” de una mujer, Betsabé, casada con un soldado suyo, Urías, al que mandó a la guerra para que lo



mataran y quedarse con su mujer, a la que había dejado embarazada. Natán, para hacerle descubrir su pecado, le cuenta un cuento, que empezaría más o menos así:

2.- *“Había en la ciudad dos hombres, uno rico y otro pobre. El rico tenía rebaños en cantidad. El pobre sólo tenía una corderilla que comía, dormía y vivía con él. Vamos, que rea como de la familia. Un día le llegó un huésped al rico, y para obsequiarle, no se le ocurrió cosa mejor que robar y matar la cordera del pobre”.* El rey David, muy justo él, monta en cólera y dice al profeta que le diga quién es ese hombre, para que caiga sobre él todo el peso de la ley. Natán le dice a David: “Ese hombre eres tú. Dios puso en tus brazos a todas las mujeres de Israel, y tú mataste a Urías para quedarte con la suya”. Natán le encara con su pecado para provocar el arrepentimiento del rey y lo consigue. “¡He pecado contra el Señor!”, dice David. “El Señor ha perdonado ya tu pecado”, contesta Natán.

3.- En el Evangelio ocurre algo parecido. Jesús ha entrado en casa de un fariseo y se ha sentado a su mesa. Una mujer, pecadora, se acerca, le lava los pies con sus lágrimas y se los seca con sus cabellos. Que una mujer enseñara sus cabellos ya era un signo de provocación. Pero si además, siendo pecadora, se atrevía a entrar en casa de un “justo” y “contagiarle” su pecado tocándolo, eso era más escandaloso aún. Esta acción de la mujer provoca la reacción del fariseo, que empieza por dudar de Jesús, que permite esa acción: “Si éste fuera profeta, sabría quién es esta mujer que lo está tocando y lo que es: una pecadora”.

Jesús, al igual que Natán en la primera lectura, va a hacer reflexionar al fariseo para poder entender esa situación. Y lo hace también con un cuento, o parábola, que dice así: “Un prestamista tenía dos deudores; uno le debía quinientos euros y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos ¿Cuál de

los dos lo amará más?”. El fariseo contesta: “Supongo que aquel a quien le perdonó más”. “¡Correcto!”, le dice Jesús.

4.- Esta mujer, definida como pecadora por la sociedad, no puede relacionarse ni con los demás ni con Dios. Pero su acercamiento a Jesús y sus atrevidos gestos nos dejan ver su arrepentimiento y su gran agradecimiento, porque Jesús, con su acogida y con su trato, le ha hecho sentirse una persona nueva. La mujer responde agradecida porque ha conocido el verdadero rostro de Dios, que libera y levanta a las personas que están hundidas. “Sus muchos pecados están perdonados porque tiene mucho amor –dice Jesús-; pero al que poco se le perdona, poco ama”. El que no es capaz de reconocer su pecado, no puede sentirse agradecido por el perdón y amar con todas sus fuerzas. Esta es la gran lección que Natán le da a David y Jesús al fariseo.

5.- Pero “para rematar la faena”, llega Pablo y le habla a los Gálatas, una comunidad amenazada por un grupo que presiona para que ellos, que antes eran paganos, comiencen a cumplir las leyes judías como requisito necesario para su salvación. Pablo les viene a decir que el amor no nace de cumplir ninguna ley, sino de la experiencia vital de encontrar a Dios en tu propia vida. En las primeras líneas repite hasta tres veces la misma expresión: “el hombre no se justifica por cumplir la ley”; y añade otras tantas veces: “sino por creer en Cristo Jesús”. Blanco y en botella... es leche, de toda la vida.

El perdón, el amor, la acogida, el respeto, la dignidad de las personas, no se pueden adquirir a base de “cumplir”. La fe nos da algo más. La fe es la que nos ayuda a reconocer que Dios está en nosotros: “Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí”. Es ese Dios el que nos ha amado primero, nos ha perdonado, nos ha acogido tal y como somos, nos respeta y valora nuestra dignidad por

encima de todas las leyes. Esa es la experiencia que nos lleva a la acción. Esa es la fe que nos lleva al compromiso. Y lo demás son sucedáneos.

7.- ¿Por qué venimos a la Eucaristía cada domingo? ¿Para “cumplir”? Más bien para dar gracias, que eso es lo que verdaderamente significa la Eucaristía. Damos gracias a Dios por su Hijo Jesús que entregó su vida por nosotros sin esperar nada a cambio. Damos gracias a Dios porque nos ha amado desde el primer momento de nuestra vida y lo seguirá haciendo durante toda la eternidad. Damos gracias a Dios por lo que somos y tenemos, por su amor, su perdón, su acogida, su respeto, porque nos hace libres, porque somos su mejor obra, porque no consentirá nunca que nuestra dignidad sea menospreciada. Tenemos tantos motivos para darle gracias a Dios... Por eso venimos a la Eucaristía, por eso la celebramos en comunidad, y por eso nos sentimos enviados y comprometidos a extender esta Buena Noticia allá donde estemos. ¿Son esas tus motivaciones para estar hoy aquí?

---

#### **4.- EL AMOR Y EL PERDÓN**

**Por Gabriel González del Estal**

1.- **El amor y el perdón cristianos son dos caras de una misma moneda.** Frecuentemente se dice que el perdón es la cara humilde del amor. Hay personas que dicen que ellas no pueden perdonar algunas ofensas graves que les han hecho. ¿Cómo van a perdonar unos padres el asesinato vil y alevoso de un hijo, al que mataron únicamente por tener unas ideas políticas distintas de las de sus asesinos? Yo creo que en estos casos se confunde perdón cristiano con olvido psicológico. Y no es o mismo: el perdón cristiano es no querer devolver mal por mal, es desear de verdad que la persona que nos ha ofendido se arrepienta de su pecado y empiece a ser buena y feliz. Claro que psicológicamente nunca

podremos olvidar el mal profundo que nos han hecho, pero sí podemos perdonarles cristianamente. Muchas personas lo han hecho y han dado públicamente un ejemplo de perdón cristiano. Porque si amas cristianamente a una persona no puedes desear para ella ningún mal y Cristo nos dijo que deberíamos amar a todas las personas, incluso a nuestros enemigos. El verdadero amor cristiano busca siempre el bien de las personas a las que ama cristianamente. El amor psicológico es otra cosa y nadie podrá nunca obligarnos a amar psicológicamente a todas las personas, sencillamente porque esto es algo humanamente imposible. Nadie está obligado a hacer lo que no puede hacer. El amor cristiano y el perdón cristiano sí pueden convivir y realizarse al mismo tiempo. Este amor y este perdón es el que nos pide Dios que tengamos con todas las personas, hasta con nuestros enemigos.

2.- **“El Señor ha perdonado ya tu pecado”**. El pecado del rey David fue realmente un pecado horrendo y monstruoso. No tanto por haberse enamorado de Betsabé y haberla hecho su mujer, sino por los medios inicuos de los que se valió para conseguirlo. Fue un pecado repugnante y así se lo hizo saber al rey el profeta Natán. Pero el rey David se arrepintió con el propósito de ser durante toda su vida cantor de las grandezas del Señor y defensor de la Ley y el templo. Cualquiera de nosotros en un momento determinado puede cometer un pecado, pero si sabemos arrepentirnos con el propósito de cambiar de vida Dios siempre nos perdona.

3.- **“Tus pecados están perdonados”**. La pecadora del evangelio amaba mucho a Jesús, a juzgar por el comportamiento que tuvo cuando se vio delante de Jesús de Nazaret. Le amaba bastante más que Simón, el fariseo que había invitado al Maestro a comer en su casa. Jesús no la juzgaba por los pecados que hubiera cometido antes, la juzgaba por las muestras de amor y arrepentimiento que le estaba dando en aquel momento. El perdón de Jesús y el amor de la pecadora aparecen aquí íntimamente relacionados. Porque la pecadora amaba mucho,

Jesús le perdonó mucho y porque Jesús le había perdonado mucho, la pecadora le amaba aún con más intensidad. Al que poco se le perdona, dice Jesús, poco ama, mientras que al que tiene mucho amor se le perdona todo. El amor y el perdón se alimentan mutuamente. Cuando somos conscientes de que hemos ofendido gravemente a una persona y vemos que, a pesar de todo, esa persona nos ama y nos perdona, nos sentimos impulsados a amar aún más a la persona a la que previamente habíamos ofendido. El que sabe amar y perdonar como nos mandó Jesús puede vivir en paz con Dios y con el prójimo.

---

## **5.- UNA FE QUE NO JUZGA A NADIE**

**Por José María Maruri, SJ**

1.- Iba yo rigurosamente vestido de clérigo. Bajo el brazo no llevaba nada parecido a un saco de patatas, lata de aceite, ni ningún misterioso paquete del que sobresaliera la poco bien oliente cola de una pescadilla. Tal vez, el portero me tomó por el que venía a hacer la lectura de los contadores de la electricidad, pero el caso es que cuando me dirigía al ascensor, me dijo que subiera por la escalera de servicio. Y entré en casa de mis amigos triunfalmente por la puerta de la cocina.

Pues traduciendo a términos modernos, Simón el fariseo, recibió a Jesús en su casa por la escalera de servicio. Le recibió fríamente, no le tendió la mano. Por lo visto permitirle que se sentase a su mesa ya era suficiente distinción para un hombrecillo como Jesús.

En el evangelio se presenta ante nosotros, Simón, un fariseo justificado (ante sus propios ojos) por sus propias obras buenas. Una mujer pública condenada por la sociedad y por el propio reconocimiento de sus pecados, y justificada por una

interna llamada de Dios. Y Jesús, juez entre ambos, que da sentencia a favor de la pública pecadora a la que ha purificado su amor a Jesús, que no es más que reflujó del mismo amor con Jesús la ha amado a ella antes.

Jesús nos quiere enseñar que la justificación es gracia, es gratuita, no se debe a nuestros esfuerzos, y luego que es algo tan interior a nosotros, que todo acto exterior que hagamos no puede tener relación alguna con esa justificación.

2.- La gratuidad consiste en que cuando éramos pecadores el Hijo se entregó por nosotros para hacernos hijos de Dios. La iniciativa es toda de Dios. No cuentan nuestros méritos. Ante Dios no valen contabilidades por partida doble, ni de ninguna clase.

Simón el fariseo, y todos los fariseos de todos los tiempos, lleva una exacta contabilidad de todas las cosas buenas que hace: ayunos, limosnas, oraciones, asistencia al templo. Su haber es plenamente satisfactorio. ¿Se siente pequeño ante Dios? Bueno, sí... pero de ninguna manera pecador. No es como los demás hombres. Para él Dios es también un contable del Banco de la Justicia Divina (hasta con visera verde y manguitos a la antigua). Y todavía no usa ordenador.

Simón se siente satisfecho. y ese Dios que él se ha hecho, y ese Dios que él se ha hecho también lo está, por eso Simón tiene el derecho de juzgar a los que llevan una contabilidad en números rojos, como es patente en aquella mujer pecadora. Digo, y que ese Jesús, que no tiene ni idea de quien es la mujer que le besuquea los pies. Por algo dicen de él que es comilón y borracho. ¿Profeta? ¿Si no sabe quien tiene a sus pies? Simón como todo el que se cree justo a fuerza de puños, como no tiene necesidad de misericordia, es inmisericorde con los demás.

3.- Todos nosotros llevamos una doble contabilidad. No para engañar a Hacienda. Dios nos libre. Una es la nuestra, que nos parece tan positiva que hasta exigimos

a Dios que se porte mejor con nosotros. Otra, la de los demás, que no sé por qué siempre está al descubierto y exigimos también de Dios, ira y castigo, contra tales insolventes.

Simón es duro con la pecadora y con Jesús, porque no se cree pecador. David se muestra inmisericorde contra el personaje de cuentecillo de Natán, hasta que cae en la cuenta de su pecado. El único que conoce las falacias de nuestras contabilidades es Dios y resulta que las en rojo son las que más le agradan, porque en ellas puede manifestar su bondad. Dios sería un mal ministro de Hacienda.

4.- Eso que llamamos justificación en resumen consiste en tener en nosotros el Espíritu, poseer vitalmente la misma vida de Dios que arda en nosotros como en el seno de Dios

**a)** ¿me queréis decir que puede tener que ver el mero cumplimiento de leyes... oír misa los domingos, estando en la iglesia como un banco más, dejar la carne los viernes, casarse por la Iglesia porque lo hace mucha gente, cuando no acompaña la vida interior es algo más que ponerse una boina para quitarse el dolor de cabeza?

**b)** ¿aún en el mero cumplimiento de algunos mandamientos, “yo no mato, no robo, no miento”... No. No. No... tantos NOES tan de moda pueden aportar algo a esa vida interior, energética, que tiende a hacer algo, si ese cumplimiento no está imbuido de amor al prójimo que es a donde tienden esos mandamientos de Dios.

**c)** ¿aún la fe, una fe intelectualoide, que fuera (como ha sido tantas veces) una pura aceptación de unas frases que están en un credo que apenas entendemos, tiene algo que ver con la justificación?

Cuántas veces a lo largo de la historia una fe así sin caridad nos ha hecho arremeter contra moros, paganos, herejes, ateos... contra todo el que no piensa como nosotros.

La fe salva y justifica cuando es la fe de Pablo, tal que nos hace tener los mismos sentimientos de Cristo, de forma, que ya no es Pablo el que vive, es Cristo el que vive en Pablo. La fe de la pecadora con su arrepentimiento niega todo lo que ella fue, y admite a raudales el amor de Cristo. Y oye de Jesús: "Tu fe te ha salvado". Una fe que no juzga a nadie, sino a si misma solo.

---

## **6.- PODEMOS CAMBIAR DE VIDA**

**Por Javier Leoz**

**Han quedado atrás, la Pascua, con su mensaje de Vida y de Resurrección, o las solemnidades de la Santísima Trinidad y del Corpus Christi. Ahora, inmersos en la liturgia del Tiempo Ordinario, seguimos de cerca a Jesús meditando sus palabras, observando sus signos y –sobre todo- estando atentos a su programa: ¡Dios es amor! ¡Dios es perdón!**

1.- En dos ocasiones, Jesús, fue ungido: por la mujer pecadora (cuyo relato hemos escuchado en este Domingo) y en Betania, poco antes de que Jesús fuera detenido.

El fondo del evangelio de hoy, entre otras cosas, nos anima a cambiar de modo de vida. Es posible, ante la presencia del Señor, mudar de actitudes, superar situaciones anómalas que pueden existir en nuestra conducta. Superar aquellos puntos oscuros que, tal vez, no nos dejan dormir o vivir en paz.



Dios, que es amor y perdón, se nos revela con su comprensión. El mejor perfume, el supremo aroma que podemos derramar sobre Jesús es precisamente ese: el replanteamiento o la renovación de nuestras personas, de nuestros corazones. ¿Qué puede más en nosotros? ¿El pecado o la gracia? ¿La mediocridad o el deseo de perfección? ¿El arrepentimiento o los torreones de la arrogancia?

Tal vez, como cristianos, tendríamos que ser más afectuosos y cercanos con los que nos rodean. Empujados por un ambiente racional e individualista se nos invita a la distancia y a las dudas, a la desconfianza y al ¡sálvese quien pueda! Pero, cuando alguien nos sonrío o nos echa una mano, enseguida sale la parte más positiva de nosotros mismos. A la mujer pecadora le ocurrió lo mismo: mucho se le perdonó y mucho amó. O dicho de otra manera; fue tan grande su expresión de cariño y de adhesión a Jesús que, el Señor, le ofreció aquello que más necesitaba esa mujer: su perdón, su reconocimiento, la recuperación total de su dignidad.

2.- No podemos consentir que nuestra religión (relación con Dios) sea fría o caiga en posturas distantes. Nuestra relación con Dios no es la de aquel funcionario situado detrás de una ventanilla que, sin mirar a los ojos del cliente, atiende por obligación y sin delicadeza.

Tenemos que recuperar en nuestra vida cristiana algunos elementos típicos y sustanciales de los principios cristianos: la comprensión y el perdón, la alegría y la solidaridad, la sinceridad y la corrección fraterna. Ir en la dirección contraria no es bueno para nuestra Iglesia. Obviar el perdón y la elegancia con los demás no es la mejor fotografía de un buen cristiano. Podemos cambiar de vida, de modales y hasta de actitudes. Todo será posible si, en el centro de lo que somos y vivimos, colocamos al Señor. El nos hará sentir su fuerza y su valor. Su perdón y su gracia. Su mano y su Espíritu.

4.-Vivir con Jesús es comprender como el comprende; amar como El ama; juzgar como El juzga; salir al encuentro de las personas como El lo hace: anteponiendo siempre el bien de las personas.

No es cuestión, por supuesto, de jactarnos de nuestros errores. Mucho menos de estar orgullosos por nuestras fragilidades. Es cuestión de ubicar al Señor de la Luz en la oscuridad de nuestra noche y, en esa noche, dejar que Cristo ilumine nuestro futuro.

### **5.- MI PERFUME PARA TI, SEÑOR**

Pasando de la oscuridad al amanecer,  
cuando, en mis noches,  
destellas como ninguna otra luz

#### **MI PERFUME PARA TI, SEÑOR**

El de mi arrepentimiento,  
consciente de mis errores  
pero sabiendo que me esperas Tú  
El de mi alegría  
dejando el yugo de la tristeza  
y participando de la fiesta de tu banquete

#### **MI PERFUME PARA TI, SEÑOR**

Olvidándome de los pequeños amores  
y amando al AMOR que tú me traes  
Soltándome de lo que me hace esclavo  
para ser libre al sostenerme de tu mano

#### **MI PERFUME PARA TI, SEÑOR**

Siendo valiente y mirándote de frente  
aunque, los que me rodean,  
me juzguen fría y duramente  
Siendo de los tuyos, Señor,  
y vertiendo sobre tus pies  
las lágrimas de mi vida pasada y tan vacía

### **MI PERFUME PARA TI, SEÑOR**

Porque, a cambio de mi vida renovada  
me ofreces lo que nadie jamás me ha brindado  
Porque, sin más riqueza que mis pecados,  
me pones antes que los que llegaron primero  
Porque, sin haber soñado con un primer lugar  
quieres que participe del amor que Dios nos trae  
Mi perfume, por eso y por mucho más,  
para Ti, Señor.  
Amén

---

## **7.- EL AMOR QUE PERDONA LOS PECADOS**

**Por Ángel Gómez Escorial**

**Iniciamos el tiempo ordinario como tal. Las anteriores solemnidades – La Santísima Trinidad y el Corpus Christi—son también del tiempo ordinario pero tienen el significado especial que les da su propio enunciado y que sin duda, hemos celebrado los dos anteriores domingos con alegría y unción.**

**Iremos a lo largo de este tiempo contemplando la vida de Jesús y su camino de pasar la vida haciendo el bien y ayudando a los más necesitados.**

2.- En este domingo undécimo se nos hace presente el esplendido relato de Lucas en que nos cuenta el banquete que el fariseo Simón ofrece a Jesús. El episodio está lleno de matices y de enseñanzas. Tenemos al fariseo que al ver que Jesús de Nazaret acepta el homenaje de una mujer pecadora, conocida por todos, duda de la misión profética del propio Jesús. Asimismo, llega el perdón de los pecados a esa mujer no tanto por una confesión explícita o por un arrepentimiento expresado. Llega el perdón porque ama y Jesús aprecia el enorme amor que impregna su vida. Sus lágrimas son una mezcla de amor y de arrepentimiento, ella quiere purificarse para permanecer —ya siempre— a lado de Jesús.

3.- Pero el fariseo es incapaz de apreciar todo lo que de sublime y maravilloso tiene la escena. Solo está ocupado por su “misión”. Probablemente, sus compañeros de la secta de los fariseos rogaron a Simón que le invitara a comer para saber más del Maestro, de, sobre todo, sus condiciones de profeta, que era el don público más alto que un hombre podía conseguir bajo la valoración del ambiente religioso del pueblo de Israel. Y Simón se queda en la superficie del don de la profecía. Es decir, en una especie de capacidad de adivinación, de acertar cosas sin conocerlas previamente. Y, sin embargo, no aprecia lo fundamental de lo profético, que es, sin duda, demostrar que Dios ama, conoce y perdona. Y es el amor a Dios lo que perdona esa mujer. San Agustín tiene una frase insuperable: “Ama y haz lo que quieras”. Es decir con amor es imposible hacer nada malo y con mucho amor es imposible permanecer del lado del pecado, de la ofensa a Dios.

3.- La breve parábola del mayor deudor, que le cuenta Jesús, golpea la conciencia de Simón. Amará más a quien más se perdona. Muchos comentaristas han opinado sobre lo que ocurrió después de la escena que se nos narra hoy. Desde

luego, la mujer se fue en paz y feliz. Probablemente decidió seguir a Jesús como otras muchas mujeres. Simón, sin duda, tuvo que entender su error y es más que probable que la “misión de escrutador” encargada por sus correligionarios quedara como algo ridículo, sin sentido. Tal vez se convirtió. Tal vez, no; porque la ceguera y el rigorismo de los fariseos eran grandes muy grandes. A nosotros, hoy, nos debe interrogar con fuerza. Si no amamos, si nuestra condición de cristianos se basa, solamente, en el cumplimiento de unos ritos y la observancia fría de unos preceptos morales, no estaremos siguiendo al Maestro. Si por el contrario el amor llena nuestras vidas y estamos pendientes de los demás es que si hemos encontrado el camino que Jesús nos muestra. Analicemos, en profundidad, nuestra alma y nuestro corazón y si están secos, si no somos capaces de amar es que algo muy grave nos está ocurriendo, porque “Dios es Amor”.

4.- Pablo de Tarso nos cuenta aquí su teoría de la justificación. Es decir la fe en Cristo perdona todos los pecados. Ciertamente, San Pablo afirma esto en un contexto en el que compara la fe en la divinidad de Cristo con las exigencias -- algunas verdaderamente absurdas—como las de la religión oficial judía. No obstante una fe profunda en Cristo supone un conocimiento en profundidad del Salvador y en consonancia con ello es muy difícil vivir en la senda de proximidad al pecado. Si Cristo llena nuestras vidas, el pecado se alejará de nosotros. El arrepentimiento sincero era el camino para obtener el perdón de Dios en el Antiguo Testamento: “un corazón contrito y humillado tu no lo desprecias, Señor”. Y así es. Es lo que nos expresa el fragmento que hemos escuchado del Libro Segundo de Samuel. La nueva dimensión que nos muestra Jesús de Nazaret es que el amor purifica y engrandece. El amor —ese enorme amor—lleva a la pecadora del relato a ser perdonada. Es su fe lo que la ha salvado. Es verdad esa frase impresionante de que “al atardecer de la vida nos examinarán de amor”. Y

así, ante ello, sería bueno que estuviéramos al tanto, día y día, de la calidad y de la cantidad de nuestro. Es lo que nos pide Jesús de Nazaret.

---

## LA HOMILÍA MÁS JOVEN

---

### **TERNURA Y SEVERIDAD**

**Por Pedro José Ynaraja**

1.- Cuando bajo del monte Tabor, camino de la llanura de Esdrelón, no dejo nunca de mirar hacia el sur, hacia un rincón donde se levanta Naín, la población donde los autores sitúan el episodio que relata el evangelio de hoy. La primera vez que la visité, en 1972, era un pueblecito, donde no era difícil tropezar con la iglesia franciscana, que en la actualidad ha quedado ahogada entre recientes edificaciones. No os puedo decir, mis queridos jóvenes lectores, cuantos habitantes puede tener ahora y si os enseñara las fotografías de mi archivo, no os servirían para imaginar la escena que nos cuenta Lucas este domingo.

2.- Imaginaos que la estancia donde ocurre la escena está en la planta baja, a ras del suelo, con fáciles entradas desde el exterior. La gente entonces, como todavía hoy uno puede comprobar, entra y sale, sin justificar porque lo hace. Unos hablan y discuten, otros observan. A nosotros nos cuesta entender este proceder, pues somos una cultura en la que la propiedad privada y una cierta intimidad nos son fundamentales. La casa es guarida familiar y se debe dificultar la entrada de extraños. Pero, os lo vuelvo a repetir, ni era, ni aun es así, en algunos sitios de aquellas benditas tierras. El dueño es inconfundible, ocupa el lugar central de la pared más importante. La esposa, si es que está presente, ocupa un sitio discreto, vigilando que es lo que pueden necesitar los invitados. Los hijos entran y salen,

juegan, comen o enredan, dependiendo de la edad. Las hijas solo aparecen discretamente y cuando es preciso, para ofrecer una bebida o un manjar. Como no hay nada que robar, nadie toma precauciones.

Por lo que nos cuenta el evangelio, el propietario del edificio era un vecino importante. Al señalar que era un fariseo, de alguna manera nos está diciendo que era un hombre de una cierta cultura, de algunas inquietudes, por lo menos. Pero no debe uno imaginar que las conversaciones de los comensales estuvieran centradas en asuntos importantes. Los silencios, las miradas perdidas, los comentarios nimios, abundan, cosa que nos desconcierta a los occidentales, preocupados de indagar y descubrir, aunque sean vulgares habladurías.

3.- He hecho esta presentación para que entendáis que nadie le solicitaría el ticket de entrada a aquella mujer, protagonista del relato y que sería conocida de todos los del lugar. La cultura hebrea no es sensual. Hoy diríamos que le falta morbo. Es, eso sí, sexual, que no es lo mismo. Todo el mundo sabía qué era y para que servía, una prostituta. La vida social la marginaba, pero las apetencias de los insatisfechos, permitían su mantenimiento. Vivía allí, respondiendo a unas circunstancias. Aceptaba el desprecio del vecindario, como su fatal realidad personal. Nadie se fijaba en ella, nadie la miraba, excepto cuando era objeto de deseo. Vivía apartada de la vida social, a veces pasaba su jornada en los cruces de caminos, esperando ser solicitada. En el presente caso, había entrado y nadie la expulsaría, pero su compañía evidentemente, les resultaría incómoda.

El relato dice que llevaba consigo un frasco de alabastro con perfume. He visto algunos recipientes de estos, encontrados por aquellas tierras y de aquellos tiempos. No son precisamente de alabastro, aunque así se los llamase, pero sí de bello diseño y buena calidad. El perfume, mucho más que en nuestros tiempos, era un preciado obsequio. ¡quien sabe de donde lo habría sacado ella esta vez!

Pero era suyo y al enterarse de que aquel maestro bueno y renombrado estaba de visita en la villa, no dudo en acercarse a Él para ofrecerle este regalo. No fue a pedirle un autógrafo o un recuerdo, como ahora se estila. Sabía que es mucho más importante dar que recibir. Dar un perfume, dar un beso, limpiar unos pies sudorosos, regándolos con sus lágrimas y secándolos con su cabellera, eso es lo que se atrevió a hacer. Esta mujer carente de cultura y de prestigio, albergaba en su interior una gran riqueza espiritual. Creía en el Señor, aunque lo conociera poco. Le ofrecía un perfume, sin saber si lo necesitaba. En una palabra: amaba generosamente.

4.- Su presencia resultaba incómoda debido a la profesión que ejercía, pero el Maestro que miraba el interior de las personas, se asombra de su delicadeza y se siente obligado a señalar su calidad espiritual. Ha amado mucho, se le perdona todo. Ha esperado el perdón y goza del Amor. El Señor se atreve además a condenar la falta de delicadeza de su anfitrión, hoy diríamos que es un maleducado. Ahora bien, por encima de normas sociales, el Maestro es un hombre íntegro, de aquí que se atreva a ser audaz.

Nada sabemos de lo que hizo posteriormente esta buena mujer. Algunos quisieron confundirla con la Magdalena, craso error. De lo que estamos seguros es de que Jesús no olvidaría su gesto y también un día, como el buen ladrón, escucharía palabras de ternura: ven conmigo ahora que no estamos en casa de un fariseo, entra en mi Reino y olvídate de los que con egoísmo te desearon y se aprovecharon de ti. Mereces otra vida, mi Padre no te la va a negar. Continúa habiendo en nuestros días, personas a las que les preocupa más el obrar de acuerdo con unas normas burguesas, que la generosidad de sinceros sentimientos. Continúa en nuestros días siendo el veredicto el mismo: a quien ama mucho, se le perdona mucho y quien es perdonado, aumenta su amor.



5.- Permitidme, mis queridos jóvenes lectores, que os cuente lo que me ocurrió un domingo acabada la celebración de la misa. Se me acercó una joven a decirme que quería ser cristiana, pues no estaba bautizada. No me conocía, únicamente había asistido a la Eucaristía. Como se hace en estos casos, le pregunté algunas generalidades: de donde era, qué edad tenía y a qué se dedicaba. Con brutal sinceridad, me dijo: hasta ahora, he sido prostituta. Quedé conmovido, el paisaje donde estaba se convirtió en Galilea, lloré de emoción, mientras volvía a casa. No sé qué se habrá hecho de ella, pero os aseguro que no pasa día que no la encomiende a Dios en mi oración nocturna. La presento imaginativamente, a la ternura del Rabino de Galilea. No me olvido de ella, deseando que sepa ella imitar el gesto amoroso de la de Naín.